
ALMUDENA GRANDES

Atlas de geografía humana

Barcelona, Tusquets, 1998, 467 p.

El amor es la compensación de la muerte, su correlativo esencial.
Arthur Schopenhauer

De nuevo y con su cuarta novela, Almudena Grandes sigue presionando la tecla exacta que no deja de convertirla en todo un fenómeno de ventas. Y lo hace, instalándose dentro de unos parámetros que ya aparecían tanto en sus novelas anteriores —*Las edades de Lulú* (XI Premio La sonrisa vertical en 1989), *Te llamaré Viernes* (1991) y *Malena es un nombre de tango* (1994)— como en *Modelos de mujer* (1996), su única muestra de relatos cortos publicada hasta la fecha. Entre ellos, un tiempo y un espacio acotados y reconocibles; en este caso, los casi cuatro años que dura la ejecución de un proyecto editorial, eso sí, bajo *el frío más puro, el sol inmaculado, y un cielo tan azul...*, como el de cualquier mañana de invierno en el Madrid de los 90. Ciudad que a todos acoge y recoge, espacio urbano, verdadero hogar, al que se le otorga un lugar en la narración oponiéndolo a París, con *ese otro cielo gris, sucio, turbio...* Y que al mismo tiempo es *una resistente nata*, porque las ciudades no sólo poseen carácter propio, compatible en mayor o menor medida con el de sus huéspedes, sino que también lo imprimen y tienen un *tempo* al que necesariamente sucumben los que las habitan.

Pero esta vez son cuatro las voces que emergen y no una como venía siendo habitual. Cuatro historias, las de cuatro personajes femeninos, Rosa, Marisa, Fran y Ana, que se van alternando, sin un orden fijo, a lo largo de la novela en un total de dieciséis capítulos sin nombre —es el índice general el que nos proporciona la identificación de los sucesivos discursos; cuadrado perfecto para las cuatro intervenciones que realizan cada una. Y todo ello situado entre dos momentos que figuran en la primera intervención de las cuatro, la primera y la última cena del grupo. Una, motivada porque faltan unas fotos de Suiza para



los fascículos, y la otra, porque hay que celebrar que la colección ya está terminada. Entre ambas reuniones las cosas han cambiado sustancialmente; desde la primera cena han pasado algo más de tres años y las relaciones se han estrechado. Ahora ya no sólo les une el trabajo; tienen también algunas cosas más que decirse, y para ello y como fin de fiesta, un epílogo polifónico, *Índice y mapas*, en el que sí que se establece una alternancia simétrica de las voces. El peso de la narración queda repartido pues, sin que se pueda elegir a ninguna de ellas como verdadera protagonista, contando los capítulos con diferente extensión y desigual intensidad, dependiendo del momento que ocupen en la historia.

Situados los parámetros de los que hablábamos al principio y perfilada la estructura de la novela, nos queda saber qué se cuenta y cómo. Recordar en este punto la pasión por contar que mueve a Almudena Grandes en todos sus escritos, es hacernos eco de su manera de concebir la escritura, que nos conduce inequívocamente en una dirección, hacia ese *realismo posmoderno* o *estética neomodernista*¹, en la que tan bien encaja:

... y procuro escribir desde mi memoria, que contempla mi género tanto como mis terrores infantiles, la aversión que me inspiran las coles de Bruselas y una incontrolable multitud de cosas más. Y apenas consigo perdonarme la dosis de pusilanimidad que encierra mi segunda novela —en la que escogí deliberadamente un punto de vista masculino sólo para demostrar que mi vocación literaria era firme—, cuando recuerdo el monstruoso esfuerzo que me exigió escribirla. Estoy segura de que la próxima vez que elija escribir desde la voz de un hombre tendré mejores motivos para hacerlo².

Desde ese punto de vista que para nada le es ajeno y como nuevamente se podría pensar, mezclando parte de biografía y parte de ficción, va dibujando fragmento a fragmento, cuatro retratos de mujer que no responden a ningún arquetipo concreto. El motivo casual que las reúne, el proyecto editorial que anunciábamos en un principio, la elaboración de un Atlas de geografía universal, que se convierte, gracias a un contratiempo para nada gratuito (Planeta-Agostini tiene ya uno registrado con ese nombre), en nuestro *Atlas de geogra-*

¹ Para el uso de estos términos, se han tenido en cuenta los trabajos de Joan Oleza, "Al filo del milenio: las posibilidades de un nuevo realismo" (*diablotexto*, nº 1 (1994), pp. 79-104) y "Un realismo posmoderno" (*Ínsula*, nº 589-590, Madrid, enero-febrero 1996, pp. 39-42); y de Gonzalo Navajas, "Narrativa y género. La ficción actual desde la mujer" (*Ínsula*, nº 589-590, enero-febrero 1996, pp. 37-39) y *Más allá de la posmodernidad. Estética de la nueva novela y cine españoles*, Barcelona, EUB, 1996.

² Almudena Grandes, "Memorias de una niña gitana", Prólogo a *Modelos de mujer*, Barcelona, Tusquets, 1996, p. 17.

fla humana. Porque de eso trata precisamente la novela, de las vidas de cuatro mujeres que, además de trabajar juntas y vivir en la misma ciudad, tienen otro punto de contacto. Todas ellas rondan los treinta y cinco años y se encuentran en un momento crítico de su historia personal, un punto de inflexión del que de una u otra manera tendrán que salir, conscientes de que la decisión que tomen puede marcar sus vidas en dos direcciones muy distintas. Y conscientes también de que el tiempo pasa y de que repentinamente han consumido la mitad del que les correspondía. *Epicentro de la catástrofe*³, pero también momento de hacer balance, de tomar aliento y proseguir el camino. Y para comprender el presente y tomar una decisión que sabemos va a afectar a nuestro futuro, hay que revisar el pasado; así van teniendo lugar numerosos *flash backs* a lo largo de las dieciséis intervenciones y van trenzándose las cuatro historias para poder ofrecernos una visión completa de esta situación múltiple. Y es curioso percibir cómo estas inmersiones en el pasado tienen lugar siempre bajo el mismo pretexto. En nuestro Atlas las historias del pasado son historias con nombre, y ese nombre no es un nombre cualquiera, es un nombre propio, el del padre, el de la madre o hermanos, el del marido o los amantes, o el de una amiga que merece tener un lugar en la historia.

Así, conocemos a Rosa —mal casada y con dos hijos— a través de la historia de su infancia, la de su juventud, y la de su madurez. En el caso de Marisa —que vive sola y carece casi por completo de vida social y/o sentimental—, nos situamos en su pasado partiendo de los sucesivos entierros familiares de los que ella siempre se hará cargo. Su discurso, el más duro de todos, se redondea introduciendo a Foro —personaje masculino de mayor relieve—, con el que iniciará una relación a espaldas de las demás. El perfil de Marisa es el que presenta una mayor complejidad. Para llenar el vacío que inunda su vida, se sirve de dos herramientas; el ordenador y la lectura, única compañera fiel que le hace vivir experiencias que por sí misma jamás llegaría a conocer. Pero además, su baja autoestima la lleva a afianzarse en Alejandra Escobar, su otro yo, que la suplantarán en sus salidas nocturnas o cuando vaya de viaje. Porque tiene muy asumido que hay dos clases de gente —“... y esa sospecha me dolía más que la aceptación de que existieran dos clases diferentes de destino, para dos clases diferentes de hombres y mujeres, pobre gente, gente apasionante” (p. 327)—, y cree saber con toda certeza a cuál de ellas pertenece.

³ Manera en que Mercedes Abad define la situación tan común que atraviesan las cuatro protagonistas y que comenta casualmente a Almudena Grandes poco después de cumplir los 30. Entrevista a Almudena Grandes publicada en *Babelia*, *El País*, 3/10/98, p. 4.



Fran, la jefa del equipo, es presentada a través de su historia familiar (idilio de sus padres) y de su única verdad: su amor por Martín, su marido. Su angustia no tiene una razón visible y por ello decide recurrir a una psicoanalista; este pretexto dará lugar a dos discursos paralelos; lo que le dice a la psicoanalista (bien poco y con reticencias) y lo que no le dice (casi todo) a ella, pero sí al lector. Por último, Ana, atractiva, resuelta y separada, con una hija ya adolescente, no parece creer demasiado en el amor y, sin embargo, se enamorará locamente del geógrafo que diseña el Atlas, casado y con hijos.

Finalizadas las dieciséis intervenciones, la narración queda como suspendida, como si faltaran unos cuantos cabos por atar. Y esa, precisamente, es la función del epílogo. Parafraseando su título, el índice y los mapas bien pueden ser las últimas entregas de este coleccionable, las que rematan y acaban de dar sentido a los montones de hojas sueltas que, cuidadosamente, hemos ido almacenando. Así emergen las últimas páginas, con la cena como colofón. En el transcurso de la misma, Rosa comunicará que ha decidido terminar con su matrimonio. Fran, que ha dejado de psicoanalizarse y se ha reconciliado con Martín, anuncia que está embarazada, al borde de los cuarenta, y Marisa sale del restaurante pensando que sus merecidas vacaciones las pasará en Madrid, con Foro, claro, y en cuanto llega a casa llama a Ana para dejarle un mensaje en el contestador confesando lo inconfesable: “—¿Ana? Soy Marisa... No pasa nada. Es que quería que supieras... Bueno, la novia de Foro, ¿sabes...? Bueno, pues que soy yo” (p. 466).

En último lugar, la relajada intervención de Ana, que tras llegar a casa y acostarse junto a Javier, recuerda haber visto parpadear el contestador y se duerme pensando que meses antes no hubiera logrado conciliar el sueño sin antes haber escuchado el mensaje. Y de sus labios, la frase que culmina la novela, y que ya había aparecido con anterioridad en repetidas ocasiones, *leitmotiv* y preludio a la par, “Porque, a veces, las cosas cambian. Ya sé que parece imposible, que es increíble, pero, a veces, pasa” (p. 467).

EVA LLORENS CELADES